

El arte de entrelazar se aplica principalmente á la confección de redes, que se parecen á las redes sencillas de nuestros pescadores. En punto á esteras no hacen cosa notable, siendo mejores los trabajos que ejecutan en el ramo de cestería (véase el grabado de la pág. 413).

La afición á los adornos no ha alcanzado en Australia aquel grado de desarrollo que tan favorable es al comercio y que encontramos, por ejemplo, entre los sudafricanos tan aficionados á las cuentas y á las conchas cauris. Las tentativas hechas para entablar un comercio de cuentas con los australianos no han dado buenos resultados, á lo cual ha contribuido en parte la carencia de productos indígenas que pudieran servir para efectuar los cambios. Los indígenas no sabían explotar el oro; el marfil y las plumas de avestruz faltaban por completo en sus territorios; los esclavos los producían en abundancia los territorios vecinos: es decir que esos indígenas carecían de los principales alicientes para el comercio primitivo. Esta circunstancia de que la Australia ofreciera escasos atractivos para que los pueblos extranjeros la visitaran y practicaran en ella el comercio, es indudablemente una de las principales causas del atraso etnográfico en que se encuentran los pueblos de esta parte del globo.

En el interior de Australia, sin embargo, algunas tribus hacen un comercio insignificante entre sí y aun en el Norte cambian los indígenas de territorios muy apartados unos de otros, por medio de las tribus intermediarias, los escudos y otros objetos por el ocre que no tienen y que necesitan para sus ceremonias. Los dieyeris también comercian un poco, pero les impulsa á ello más el afán de la novedad que el deseo de adquirir. Ya hemos dicho que las mujeres son con mucha frecuencia compradas y vendidas. De todos los artículos de comercio que producen los australianos y que les proporcionan medios de cambio, indudablemente el más importante son las armas. También negocian con pieles para vestidos y con esteras. En la Australia occidental hay una palabra especial para designar el mercado ó la misa, á saber *mandjar*.

#### CAPITULO IV.

##### FAMILIA Y SOCIEDAD DE LOS AUSTRALIANOS.

«Las tribus de los australianos no han progresado hasta alcanzar aquel grado de la formación de Estados que permite el desarrollo de grandes reinos con fronteras perfectamente marcadas.»

\*\*

Nacimiento. — Infanticidio. Educación. Nombres de los niños. — Nombres de las tribus de familias. Kobong. Exogamia. Reglas de parentesco. Heredación. Condición de la mujer. Moralidad. Matrimonio. Rapto de la novia. Una escena de la vida diaria de los australianos del Sud. — Ceremonias mortuorias. Juicio de difuntos. Sepulcros y sistemas de enterramientos. — Debilidad de la organización política. Derecho de propiedad en el país. Límites. Caudillazgo. Las tribus de familia. — Relaciones jurídicas. Venganza. Asambleas consejeras. Trato de las tribus entre sí. Estado de guerra. — Ngiampe. Consagraciones de jóvenes. Narumbe. Consagraciones de muchachos.

Cuando una mujer embarazada siente aproximarse la hora del parto, es decir, cuando — como dicen las tribus de la montaña de Macdonell — Altjira (Dios) quiere enviar un hijo, aquélla es alejada del campamento en compañía de algunas mujeres y tiene que evitar, como durante los períodos de su menstruación, la presencia de hombres y muchachos. Después del nacimiento, el padre de la criatura

que, como todos los demás ha de estar ausente en el acto del alumbramiento, es llamado al lado de su mujer y entonces, en algunos lugares, se pone á trabajar y á servir á ésta encendiendo fuego, llevando agua, etc. La afirmación de que el hombre no se cuida de la partera ni del recién nacido es, en muchos casos, una de tantas afirmaciones como contienen las descripciones exageradas que en tan gran número producen, hablando de los australianos, los etnógrafos pesimistas. Esta ruda indiferencia no constituye la regla general. No puede negarse, á menos que sólo se fije uno en las excepciones, que las madres y los padres sienten cierta ternura para con sus hijos: cuando muere alguno de éstos, es muy frecuente ver á la madre llevar, por espacio de 10 ó 12 meses, el cadáver del mismo en su saco y dormir sobre él hasta que no quedan más que los huesos, que entonces son quemados ó enterrados. Los padres se muestran cariñosos llevando de la mano ó en brazos á sus hijos que están cansados. Grey nos hace una descripción gráfica de una requisita que hicieron los indígenas del Noroeste para apoderarse de los ladrones de campos y dice que habiendo sido aprehendido como cómplice un muchacho, el padre de éste hizo cuanto pudo para evitar que lo prendieran: primero manifestó que el niño dormía en el momento en que se suponía verificado el robo; luego dijo que las pisadas no eran del niño sino de su segunda madre; y por último alegó la poca edad del niño diciendo que su madre lo había desencaminado y se arrojó en sus brazos sollozando. Grey termina su relato con las siguientes palabras: «Los indígenas se han sentido siempre poseídos de un cariño apasionado por sus hijos.» Por más que se cometan algunas faltas por irreflexión, especialmente en el período en que las madres llevan á sus hijos envueltos en un trozo de corteza á consecuencia de las cuales los niños mueren de inanición ó de frío ó quemados; y por más que la excesiva mortalidad de niños sea una prueba de que la crianza y la custodia de los pequeñuelos son deficientes, siempre aparece grande el amor materno durante el período de la lactancia, que dura de dos á tres años.

En esta clase de relaciones presenta, sin embargo, el alma de estas gentes grandes contrastes, así por ejemplo oímos referir á personas tan dignas de crédito como Wyatt, que durante muchos años fué *Protector of the Aborigenes* de Adelaide, que una madre se disponía á matar á su recién nacido por amor á su hijo de cuatro años que aun mamaba. Algunas observaciones más profundas, como las que debemos á Meyer, Taplin y Gason, acerca de los sudafricanos, no permiten abrigar duda alguna respecto de las proporciones que entre los indígenas australianos alcanza el infanticidio. Una anciana narrinyeri aseguró á Meyer que si los europeos tardan dos años más en llegar á Australia hubieran encontrado este continente enteramente despoblado y otros individuos de la misma tribu le afirmaron que la mitad de los niños son víctimas de esta costumbre cruel. De todas maneras el número de los nacidos no guarda proporción con el de los sobrevivientes y ciertamente no puede hacerse del todo responsables de esa diferencia á las malas condiciones dentro de las cuales se desenvuelve la existencia. La estadística tiene en este país escasa importancia; sin embargo, podemos decir que Grey confeccionó una lista del número de nacimientos correspondientes á 41 mujeres por él conocidas, que ascendía á 188, correspondiendo á cada una de ellas de 4 á 6. La cifra máxima que sólo arrojan tres mujeres, es 7 y á excepción de una, todas las demás tuvieron más de un hijo. La mujer que cita Meyer únicamente había matado un niño, pero conocía á muchas que habían sido dos y tres veces infanticidas. Por regla ge-

neral el infanticidio se consuma á raíz del nacimiento y el procedimiento seguido consiste en clavar en el cráneo del recién nacido, por la oreja, palos ardientes, llenando luego los agujeros con arena: mientras se ejecuta esta operación, se enciende una gran hoguera en la que se quema el pequeño cadáver. También se les da muerte aplastándolos con un golpe de maza y estrangulándolos. Taplin, que en 1873 escribía hablando de los narrinyeris «hace 13 años se daba muerte á la tercera parte de los recién nacidos,» consigna como causas usuales de esta costumbre las siguientes: «Se daba muerte á todo niño que nacía antes de que el hermano que le había precedido pudiese andar, pues la madre no podía llevar consigo á los dos á la vez; matábase también á los niños deformes y á los gemelos, unas veces sólo á uno, otras á los dos; la mitad por lo menos de los hijos de blancos era víctima de la codicia de los hombres indígenas. Los hijos de solteras eran á menudo sacrificados, y por último se citan casos de que una madre joven mataba por rabia y por venganza al hijo que tenía de un matrimonio contraído contra su voluntad.» Aun en los casos peores se ha procurado, por lo menos en la forma, humanizar en algo el infanticidio; en efecto, las tribus de Port Lincoln son de las que se encuentran á más bajo nivel y sin embargo entre ellas el infanticidio, allí tan frecuente, no lo comete la madre ni se lleva á cabo en el mismo campamento, sino que lo verifica otra mujer á cierta distancia de éste y acompañada por la recién parida. Hablando de esta costumbre ó mejor dicho de esta barbarie, conviene hacer notar que las muchachas suelen parir desde muy jóvenes, siendo en esos pueblos cosa muy frecuente ver madres de catorce años.

De estos hechos no hay, empero, que deducir que los australianos sean incapaces de sentir amor por sus hijos: la naturaleza no les niega aquella fuerza que hace triunfar los instintos humanos de las calamidades y de la barbarie; así es que una vez resuelto que un niño viva, el cariño y la paciencia con que se le trata no reconocen límites. Cada rasgo agradable de su modo de ser es observado con encanto, y el cuidado más tierno vela por el niño. «He conocido — dice Taplin — hombres que durante la ausencia ó enfermedad de la madre reemplazan cerca del niño á la guardiana por espacio de horas seguidas, llegando realmente á distinguirse en su tarea. En cierta ocasión vi á un hombre matar, lleno de coraje, á todo el que se ponía al alcance de sus armas, sólo porque había visto en la frente de su pequeño hijo una ligera mancha de sangre consecuencia de un golpe que casualmente había recibido. Recuerdo también á un matrimonio que lloraba amargamente por la muerte de un hijo que hubiera debido ser asesinado, según la bárbara costumbre, porque su hermano inmediatamente mayor no podía todavía correr, y á quien yo había podido salvar la vida gracias á mi influencia. Sus padres le tomaron un cariño inexplicable y cuando murió demostraron un dolor como yo no lo he presenciado nunca tan verdadero y tan conmovedor.» La madre se distingue, naturalmente, por su abnegación. Cuando el niño puede vivir, se le prodigan atenciones mayores que las de que es objeto la mayoría de los hijos de las familias europeas pobres. Para asegurar su prosperidad, se apela á la superstición, atándole alrededor del cuello el cordón umbilical. A los niños no se les baña nunca y sólo se les frota con arena seca: cuando gritan, los unos se los quitan á los otros para calmarlos á fuerza de caricias. El padre, cuando se trata de un hijo varón, lo lleva consigo, en cuanto puede andar, á la caza y á la pesca, le instruye en todas las habilidades prácticas, le refiere las tradiciones que se relacionan con determinados lugares y le educa de esta suerte

para que desde niño pueda buscarse por sí mismo la mayor parte del sustento, ora cazando, ora dedicándose á la pesca, etc. Pocas cosas nos dicen las memorias de los observadores respecto de los juegos de los niños, pues en ellas sólo se hace mención de juegos de armas, especialmente delanza. Desde los 14 ó 15 años toma el joven parte en las guerras y en los combates y cuando cuenta 16 ó 18, es decir cuando comienza á crecerle la barba, entra en el círculo de los hombres, en donde es admitido previas las ceremonias que más adelante estudiaremos.

El niño, en cuanto puede andar, recibe un nombre, pero éste no es perpetuo sino que se cambia en determinadas ocasiones, como por ejemplo cuando aquél llega á la edad viril. Muchas veces también adoptan el padre y la madre nuevos nombres después de tener un hijo hasta que les nace otro: así por ejemplo, entre los narrinyeris el Kulmantiye Arni es el padre y la Kulmantiye Anikke la madre del Kulmatinyeri. Los nombres de los hombres y los de las mujeres se distinguen á menudo entre sí por las terminaciones. En Queenslandia, los nombres de Barang, Bundar, Bandur y Derwain se aplican á los hombres, y á las mujeres los de Barangum, Bundarum, Bandurum y Derwaingum. En Bulonne, se usan los nombres Urgilla (con el femenino Urgillagun), Obur (y Oburugun), Umburiri (y Umburirigun), Wungo (y Wungogun), etc. Los nombres duales en las mujeres son desconocidos desde su origen. Lo más común entre esas tribus errantes es aplicar nombres tomados de los lugares, como por ejemplo Rilgewae, el que ha nacido en un lugar llamado Rilge, ó bien nombres de estaciones, como Waldamnyeri, el que pertenece al verano. En esta materia es probablemente de gran influencia la costumbre de no repetir nunca los nombres de las personas difuntas, pues como los indígenas toman sus nombres de los lugares, de especialidades de lugar, de animales y de productos, la muerte de las personas trae consigo como consecuencia un cambio continuo no sólo de los nombres de los que se llamaban como aquéllas, sino también de las denominaciones geográficas y demás. Es, pues, innegable la influencia que en las variaciones del idioma ejerce esta costumbre, tanto más cuanto que son á centenares las tribus que la profesan. Además del nombre propio se lleva el de la tribu, tomado de las cosas animadas y de las inanimadas, á lo cual hay que atribuir la extraordinaria profusión de determinados nombres que tanto sorprendió á Grey. Este encontró, en la Australia occidental, en una extensión de 400 á 500 millas inglesas de anchura, empleados los mismos nombres, y en la Australia meridional halló un hombre que llevaba uno de éstos: además, designó como propio de la Australia occidental un nombre, Yungari, que Flinders menciona en el golfo Carpentaria. A esto puede contribuir dentro de ciertos límites el cambio de nombres, pues esta costumbre polinesia se halla muy extendida también en el continente australiano. Los dos amigos que se cambian el nombre se llaman desde entonces hermanos y tienen una porción de obligaciones recíprocas que cumplir. Al Norte de la bahía de Moreton, en Wide Bay, se daban los que tal hacían el nombre de amigos frotándose las narices una con otra, con lo cual quedaba convenida la alianza. El mismo origen de los verdaderos nombres propios impone algunas conformidades, pues para su aplicación hay que tener en cuenta el número que ocupa el niño en la serie de sus hermanos y el lugar en donde ha nacido.

Esta conformidad de nombres reconoce por causa principal el hecho de que cada una de las tribus se divide en un número grande ó pequeño de grupos, cuyo origen y objeto no se explican claramente, pero que en todos los casos

en que los encontramos exigen el mantenimiento del matrimonio recíproco. Tendremos que citar algunos motivos que hablan en pro de la cohesión de este fraccionamiento con la imposición de la exogamia. El fundamento familiar de esta distinción se nos aparece patente cuando oímos referir acerca de la tribu australiana de los narrinyeris que se divide en 18 grupos (que los narradores denominan tribus, *tribes*),

cada una de las cuales es considerada como una familia en la que cada individuo es pariente consanguíneo de los demás, no pudiendo por lo tanto haber entre ellos matrimonio. Estos grupos que á menudo están en lucha entre sí y que se diferencian unos de otros por sus emblemas y otras particularidades, constituyen una firme alianza en frente de sus vecinos. Taplin enumera los emblemas de los 18 grupos



Mujer y niño de Nueva Gales del Sud (de una fotografía)

de tribus ó de familias de los narrinyeris. Son los siguientes:

1 Welinyeris: pato negro; serpiente negra con el vientre encarnado. 2 Lathinyeris: cisne negro; cercela; serpiente negra con el vientre gris. 3 Wunyakuldes: pato negro. 4 Piltinyeris: sanguijuela; siluro. 5 Korowalles: serpiente flageliforme. 6 Karatinyeris: perro salvaje de color claro. 7 Rangelyeris: perro salvaje de color oscuro. 8 Mungulinyeris: pato de Islandia (*Sheldrake*). 9 Kanmerarornes: barbo llamado kanmeri. 10 Nyrangataris: rata-kanguro. 11 Pan-

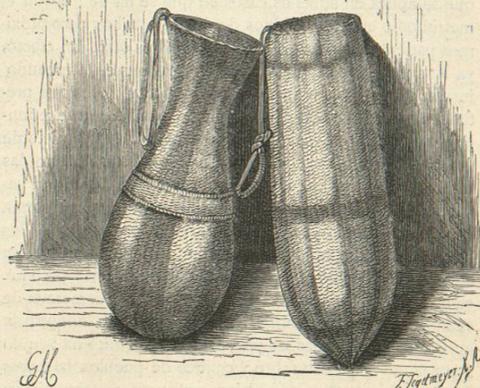
kinyeris: pez butirino llamado kungulde. 12 Turarornes: polla de agua negra. 13 Lungundis: golondrina de mar (*Tern*). 14 Kaikalabinyeris: hormiga toro; planta acuática Pinggi. 15 Kondolinyeris: ballena. 16 Tanganarines: pelícano. 17 Raminyeris: *Wattle Gum*. 18 Punguratpulares, pato almizcleño. En la Australia occidental á estos «animales blasones» se les da el nombre de *kobong*: Grey observó en los que llevaban uno de estos símbolos cierta repugnancia á acercarse á su kobong, de suerte que si lo encontraban

durmiendo lo dejaban tranquilo y si se les aparecía en la caza, se le facilitaba la manera de huir. El que tiene por kobong una planta, no la coge en determinadas épocas del año ni en ciertas circunstancias. Los australianos occidentales explican esta repulsión diciendo que todo individuo es el amigo más íntimo del animal ó planta respectivos y que matar á éstos sería un gran crimen. Una parte importante de las consagraciones del hombre se hace, al parecer, iniciando á éste en ese sistema de espíritus tutelares. Este conjunto de ideas ofrece, hasta en sus menores detalles, notables analogías con el sistema de los muertos de los indios norteamericanos.

Este aislamiento de una tribu aparece más sencillo en otras tribus, sin que sean razones de la poca densidad de población las que influyan en una organización más simple. Así por ejemplo las tribus de Port Lincoln se dividen en *mattiris* y *karrarus* con el mismo efecto social, es decir que ningún *mattiri* puede casarse con una *mattiri*, sino que debe tomar mujer entre los *karrarus* y viceversa; y la diferencia entre unos y otros se mantiene incólume por el hecho de llevar el hijo el nombre de la tribu á que pertenece su madre. En los territorios del Sud, también desempeña en esto el kobong su papel, por más que no se atiende á éste tan rigurosamente (al decir de Grey) y que no haya limitaciones en la caza, existiendo, además, otra diferencia, cual es que el kobong en estas comarcas no siempre hereda al hijo sino que éste puede tener su kobong propio. En el estrecho del Rey Jorge encontramos también dos «clases» de indígenas, la de los *erniungs* y la de los *fums* ó *taanans*, con la misma prohibición de la endogamia. Más complicado, aunque derivado del mismo origen, es el sistema por que se rigen los indígenas de Peake River y de Charlotte Waters, los cuales se dividen en cuatro subtribus, llamadas *purula*, *puninga*, *pultara* y *cumara*. Algo análogo nos dice Kempe de las tribus de los alrededores de Hermannsburg que son las de los *burulas*, *bunankas*, *baltares* y *kumanes*: cada uno de estos grupos tiene por símbolo un animal; así por ejemplo los *bunankas* tienen el gavilán. Un *purula* sólo puede casarse con una *puninga* y viceversa: en el primer caso los hijos son *cumaras* y en el segundo *pultaras*. Un *pultara* no puede casarse más que con una *cumara* y viceversa: si el marido es *pultara*, los hijos son *puningas* y si la *pultara* es la madre, son *purulas*. Análogas disposiciones sirven de ley, según Geffrath, en la Australia occidental, rigiendo en el distrito de Lake y en los territorios meridionales de Queenslandia. Igual separación encontramos entre las tribus del Darling, donde la vemos armonizada de un modo raro con las diferencias de kobong que existen entre los sudafricanos y que descienden hasta á los detalles. En Kamilarvi, llámense los hombres *ippais*, *muris*, *kubbis* y *kumbos* y las mujeres *ippatas*, *matas*, *kapotas* y *butas*: un *ippai* puede casarse con una *ippata* (de otra familia) ó con una *kapota*, un *muri* sólo puede casarse con una *buta*, un *kubbi* sólo con una *ippata*, un *kumbo* sólo con una *mata*. Además, existe la división por animales según la cual hay los grupos de los *dulis* ó *iguanas*, el de los *nurais* ó serpientes, el de los *murriaras* ó *padymelones*, el de los *bilbas* ó *bandicoots* y el de los *mutes* ó *opossums*: de una división análoga de tribus deriva el hecho de que dos tribus del Dawson se denominan la una como la *catatúa blanca* y la otra como la *negra*. A estas denominaciones se debe la cómica equivocación de que «los australianos del Oeste se denominan según sus más importantes medios de alimentación.» Es probable que las tribus del Este, cuyos nombres terminan todos en *gal* como *widgal*, *karvagal*, *kame-*

*ragal*, *wangal* y otras, se diferencien entre sí de una manera análoga. Por desgracia ignoramos qué posición ocupan en esta clasificación por kobongs ó *murds* las mujeres extranjeras, á menudo procedentes de lejanas tierras, que por el rapto vienen á ingresar en estas tribus. En el cabo del Noroeste falta en absoluto, según parece, el sistema de los kobongs.

A esta división exogámica de tribus pueden atribuirse también casi con seguridad algunas divisiones de castas. De Port Essington se dice que, además de la división de la tribu en familias, existe otra en tres estados ó clases, á saber de los *manjerojelles*, de los *manjerarwules* y de los *manbulgetes*, tan aisladas entre sí que no pueden los individuos de la una casarse con los de la otra. Gerland cree que sólo se trata de tres categorías, de las cuales la más ilustre, la de los *manjerojelles*, es poco numerosa. Según Earl, la primera pretende descender del fuego y la segunda de la tierra: el nombre de la tercera significa «fabrican-



Cestas de los australianos tejidas con musgo,  $\frac{1}{2}$  de su verdadero tamaño

tes de redes.» Esto indica la existencia del kobong. Nombres análogos cita Wilson hablando de la bahía de Raffles, en donde hay los *mandrogillies*, especie de nobleza según dicho autor, los *manburges* y los *mandrowillies*; pero éstas clases á pesar de estar rigurosamente separadas, tienen el mismo aspecto y los mismos derechos. «Esto evidencia restos de tiempos antiguos y mejores para estos pueblos, ofreciéndose á nuestra consideración las mismas tres clases que encontramos en el Este, á saber los caudillos é ilustres, los libres é industriales y la plebe, por más que no aparezca esto perfectamente demostrado» (Gerland). Acerca del origen de la división exogámica de tribus, tienen los dieyeris la siguiente gráfica tradición. Después de la creación vivían confusamente mezclados los padres, las madres, las hermanas, los hermanos, en una palabra todos los parientes próximos; pero habiéndose reconocido que esto producía funestas consecuencias, se buscó la manera de evitarlas y se acordó enviar sobre este particular un mensaje á Muramura, quien contestó que se dividiera la tribu en ramas y que cada una de éstas se distinguiera por el nombre de alguna cosa animada ó inanimada, como perro, ratón, emu, lluvia, iguana, etc.: añadió que los individuos de una misma rama no pudieran casarse entre sí, es decir que el hijo de un perro no pudiera casarse con la hija de un perro, pero sí con ratones, emus, ratas, etc. Grey, que en la Australia occiden-